

virtud, sino las tres columnas á que sucesivamente habia de subir. En efecto algún tiempo despues le movió el Espíritu Santo á pedir una columna más elevada, cuya altura era de cuarenta pies, en la cual le instalaron el Arzobispo de Antioquia y el obispo de Seleucia, despues de haberle conferido el diaconado.

Durante ocho años estuvo sobre esta columna, y su padre espiritual, el abad Juán, que tanto consuelo encontraba en hablar con él, tanto por el tierno cariño que le profesaba, como por las gracias con que Dios le favorecia, se afligió al considerar que desde tan larga distancia no podia ver su semblante. Pero Siméon, por su parte, creyó que habiéndose subido á una columna más alta, debia elevarse también en virtud. Así es que acrecentóse su modestia y dulzura, así como su humildad y la compunción de su corazón, y su alma se abrasó de tanto fervor en una oración continuada, que debia aproximarse al de los espíritus celestes en las amorosas alabanzas que no cesan de tributar á Dios. Así lo cree un historiador.

Pero si Dios le favorecia con tantas gracias, no le dispensó de pasar por la tentación. No hay estado de virtud tan eminente, que se halle á cubierto de los combates de la carne contra el espíritu, y las almas más santas mientras se hallan sobre la tierra, no están exentas de la tentación: pues los Libros santos declaran que la vida del hombre es una milicia, en que es preciso estar siempre en guardia y en disposición de rechazar todo ataque.

Así lo experimentó el santo Estilita en su nueva columna. El tentador le atacó de una manera muy violenta y sagaz, que no le causó sorpresa. Vió en él, aunque jóven, á un soldado de Jesucristo ejercitado en la santa milicia y fuertemente armado contra sus asechanzas. Sus armas habian sido la humillación del corazón, los gemidos, la oración acompañada de lágrimas y la más absoluta confianza

en los auxilios del Señor. Y experimentó efectivamente este auxilio, tanto en la fuerza con que resistió los asaltos del príncipe de las tinieblas, como en los nuevos favores con que Dios quiso consolarle despues de la victoria. Un dia vió á un anciano respetable revestido con hábitos sacerdotales, que tenia en la mano el cáliz, y que embalsamaba todo el lugar con un perfume celestial, pareciendo como que le daba la Sagrada Comunión. Despues de lo cual le dijo el anciano: « Tén ánimo, hijo mio, con toda tu confianza en la gracia del Señor, y no temas á tus enemigos. » Estas palabras hicieron tan honda impresión en su corazón, que durante muchos dias no habló con nadie sino despues de la hora de Nona, pasando todo lo demás del dia humillado ante Dios y exhalando gemidos de compunción.

Poco despues le reveló el Señor que se aproximaba el fin del abad Juán. Este venerable anciano gozaba entónces de una salud robusta, continuando sobre la columna sus ejercicios laboriosos sin que el peso de los años hubiese amenguado sus fuerzas, y por lo tanto, habia llegado al fin de su carrera sin que ningún síntoma de enfermedad pudiese hacérselo presumir: pero advertido de ello san Simeón, no pudo dejar de manifestárselo, sin emplear rodeo alguno, pues este santo hombre se hallaba dispuesto á recibir la nueva, que para un mundano hubiera sido fatal. Así es que la recibió con reconocimiento, y pidió para su discípulo todas las bendiciones que necesitaba para sostenerse en la penitencia que habia emprendido. Simeón, por su parte, le pidió que le bendijese para el resto de su vida. Esta mútua despedida causó extrañeza á los religiosos, que suplicaron al abad les dijese lo que iba á hacer Simeón; pero el Santo abad les contestó solamente que deseaba que todos tuviesen el celo y ardiente deseo de imitar las virtudes de este jóven, y que participasen de sus oraciones, porque era un verdadero vaso de

elección. Despues de esto, y habiendo encomendado su alma á Dios, se quedó dulcemente dormido, y durante este sueño su alma fué á descansar para siempre en el seno de Dios.

Despues de la muerte del abad Juán, se entregó Simeón con más ardor á los rigores de la penitencia. El fin de este bienaventurado abad, dice su historiador, fué para él como el principio de un nuevo género de vida mucho más austera. Se encerró más estrechamente : se entregaba á la oración y al canto de los salmos hasta la hora de Nona, en que hacía la incensación, y se vió con mucha frecuencia, que, no habiendo puesto fuego en el incensario, no dejaba de subir al cielo el humo del incienso que en él habia. Despues volvía á la oración, que era seguida de la lectura de los Libros santos y de profundas reflexiones que de ellos sacaba. Proseguia en este ejercicio durante toda la noche hasta la hora de la salida del sol, y entónces tomaba un poco de descanso, y volvía despues á las alabanzas divinas. Hubo ocasiones en que pasaron treinta dias sin que cerrase los parpados. En una ocasión pidió al Señor que le librase de esta necesidad; pero se le dijo que era preciso que diese este corto descanso al cuerpo.

Los demonios se esforzaron por espantarle presentándose bajo la forma de horribles fantasmas; pero les hacía huir con la oración y con el signo de la cruz. Por último, despues de una visión con que fué favorecido por el Señor, alcanzó tan poderoso dominio sobre ellos, que les inspiró mucho más terror del que ellos habian intentado causarle con sus artificios. Al mismo tiempo hizo un gran número de milagros, entre los cuales figura la resurrección de un muerto. El Señor que queria castigar á la ciudad de Antioquía con una serie de azotes de que despues hablaremos, permitió que se extendiese por su territorio un número

prodigioso de bestias salvajes de diferentes especies : de modo que no se podia andar por los caminos, ni cultivar los campos, sino reuniéndose muchas personas para defenderse de ellas, pues con frecuencia entraban en las casas, y se cebaban en las personas que encontraban. Vinieron muchos á ver al Santo y á pedirle que con sus oraciones les librase de esta plaga, y despues que les hubo manifestado que, en castigo de los crímenes que se cometian, les habia enviado el Señor estos crueles animales, elevó sus oraciones al cielo, y quedó libre el pais de aquella destructora plaga. Este favor insigne unido á otros muchos milagros que hacía, atrajo á su columna muchísima gente que, colocando cirios en largas estacas, le rogaban que los aceptase, persuadidos de que si los ofrecia al Señor, les alcanzaría las bendiciones del cielo : pero el Santo no quiso aceptarlos, diciendo que Dios atenderia á su buena voluntad. Su negativa contristó á aquellas pobres gentes, que temian ser privadas del fruto de sus oraciones, y sus discípulos, ménos desprendidos que él, resolvieron tomar aquellos cirios; pero Dios reveló al Santo el designio que estos tenian, y habiéndoles llamados les reprendió severamente, recordándoles con el ejemplo de Achan, Giesi y Júdas, cuán detestable es la avaricia á los ojos del Señor : de modo que, espantados al ver que habia conocido su falta, se postraron en tierra, le pidieron perdón é hicieron penitencia.

El Santo habia anunciado á varias personas los estragos que habian de producir las fieras de que hemos hablado; pero Dios le reveló también en otra visión los terribles males que iba á enviar sobre Antioquía, cuyos habitantes habian irritado su justa cólera con los grandes crímenes en que habian caído. Vió, pues, á un ángel con la espada levantada sobre la desgraciada ciudad, y no dudando que esto era amenaza de un gran azote, se puso á orar con

gran fervor para aplacar la justicia divina ; pero se le dijo que habia llegado al colmo la iniquidad de los habitantes de la ciudad, y la vió al mismo tiempo invadida por todas partes y entregada á las llamas y á los bárbaros. Vió también que muchos se esforzaban por huir y por precipitarse desde elevadas montañas ; que otros salian en tropel por las puertas del Septentrión y del Mediodía, y en particular vió á dos de sus religiosos, que, sobrecogidos de terror, habian abandonado el monasterio y caido en poder de los enemigos, los cuales cortaron á uno la cabeza, y llevaron al otro prisionero.

Todos estos acontecimientos se le presentaron con tanta claridad en esta visión, cual si pasasen ante sus ojos, y no dejó de manifestarlos á algunas personas piadosas de la ciudad, pues Dios no queria que los buenos sufriesen la suerte de los malos.

No tardaron en verificarse sus predicciones, pues Coroes, el abuelo del que más tarde sitió á Jerusalem y arrebató la santa Cruz, entró en Siria con un poderoso ejército, y habiendo tomado á Antioquía, la redujo á ruinas, é hizo una horrible carnicería en sus habitantes, sin contar los que se llevó cautivos. Pero al mismo tiempo que Dios daba á conocer anticipadamente estos hechos á su siervo, le prometió su protección, tanto para su persona, como para su monasterio y para todos los que en él se refugiaban. En efecto, habiendo penetrado los persas en la campiña, y queriendo subir á la montaña en que se hallaba situado el monasterio, fueron detenidos por una mano invisible, y habiéndolo intentado obstinadamente otros, les opuso el Santo con sus oraciones una niebla tan espesa, que no podian distinguir el lugar en que se hallaban. De modo que, á excepción de dos de sus religiosos, que huyeron á la primera noticia de la irrupción de los persas, ninguno otro cayó en sus manos, así como tampoco nin-

guno de los que vinieron á buscar un asilo á su lado.

Una protección tan señalada de parte de Dios debió haber tranquilizado á sus religiosos ; pero el demonio, que no habia podido quebrantar su constancia, les inspiró tal miedo con la proximidad de los bárbaros, que le pidieron permiso para retirarse á algún lugar más seguro. El Santo no lo consintió sino despues de reprenderles dulcemente su pusilanimidad, y diciéndoles, que, aunque se separasen de su lado, no dejaria él de seguirles con su corazón y con sus oraciones. Los discípulos, efectivamente, se separaron, pero Dios no le abandonó, y para darle una prueba más señalada de su asistencia, permitió que los persas llegasen hasta su monasterio. Apénas llegaron, oró el Santo, y todos huyeron precipitadamente. Por, último, habiendo vuelto los bárbaros á su pais, regresaron los discípulos del Santo á su monasterio, y le encontraron tan tranquilo y gozoso, como si nada hubiera tenido que temer, de lo cual dieron acción de gracias al Señor. Para mayor prodigio, el religioso que habia huido con los demás, y habia sido hecho prisionero, recobró también su libertad. Habíanle los bárbaros encerrado en una prisión y cargádole de cadenas juntamente con un soldado que habia sufrido la misma suerte. El religioso le habló de los milagros de san Simeón, y durante el relato que le hizo, concibió deseos de implorar su protección. Hízolo así, y al punto cayeron rotas sus cadenas, y pasó á través del campamento enemigo sin que nadie le molestase. El soldado, testigo de este prodigio, hizo la misma oración, y obtuvo la misma gracia, volviendo gozoso á su patria para publicar el favor que le habia dispensado el Cielo por la intercesión del Santo.

Pero viendo san Simeón que se le acercaba mucha gente, impidiéndole gozar tan enteramente como deseaba, de las dulzuras de su retiro, y recordando que san Pablo

temia perderse mientras que ganaba á los demás, resolvió retirarse al monte Carmelo, ó al de las Olivas ; pero la Providencia, á quién siempre encomendaba sus pensamientos y proyectos, lo dispuso de otra manera. Hacía ocho años que estaba sobre su columna, y determinó ir á una elevada montaña, situada á nueve millas, ó tres leguas de Antioquía, la cual no era frecuentada por nadie, porque carecía de agua, y servía de guarida á las serpientes y otras bestias salvajes. Le confirmó en esta resolución una visión en la que Jesucristo le demostró esta montaña, desde cuya cumbre le invitaba, asegurándole que se santificaría en este lugar, y que en adelante se llamaría *Montaña admirable*, á causa de las maravillas que en ella había de obrar para gloria de su santo nombre.

En su consecuencia, congregó Simeón á sus discípulos : les declaró lo que Jesucristo le había revelado : les nombró por superior á un anciano, cuya dulzura y prudencia era conocida de todos, y partió para el lugar que se le había mostrado. En el camino curó milagrosamente á un parálítico, y habiendo llegado al pié de la montaña hizo oración, levantó una cruz de piedra, y buscando la torre sobre la cual había visto á Jesucristo, subió á ella con gozo extraordinario.

Dice su historiador que tenía entonces veinte años, con cuyo dato podemos conocer la edad que tenía cuando subió á la primera columna. Habiendo estado seis años en la primera, y ocho en la segunda, se deduce que no tenía más que seis, cuando hizo su primer ensayo de la vida de los Estilitas. Esto era un verdadero prodigio, y no es de extrañar, por lo tanto, que su vida fuese una serie no interrumpida de milagros, por los cuales quiso Dios hacer ostentación de las maravillas de su gracia y de los prodigios de su poder.

Su nuevo retiro fué como un teatro más extenso en que

se manifestó la magnificencia de la gracia de Dios sobre su Santo. Simeón se había retirado, tanto para que su humildad no encontrase obstáculos, ni verse expuesto á los halagos de la vana gloria, como para entregarse más de lleno á la oración y contemplación de las grandezas divinas ; pero el Señor le colocó como una antorcha que sirviese de luz á todo el mundo, y para consuelo de una infinidad de personas, que acudían de todas partes á su nuevo retiro. No pudo ver á esta multitud de desgraciados enfermos, que imploraban su auxilio, sin que se compadeciese su corazón : así es que les imponía sus manos y quedaban curados.

En esta época de su vida, un león de los más grandes y terribles que se habían visto por aquellas comarcas, se arrojó sobre un hombre que venía á verle. Este no encontró medio más seguro para librarse del fiero animal, que invocando al Santo, con lo cual lo ahuyentó al punto. Pero habiendo referido este hecho al Santo, envió éste á uno de sus discípulos, llamado Anastasio, para que siguiese al león hasta su caverna, y le mandase dejar el país, cuya orden fué obedecida por el animal. Entonces empezaron nuevas visiones, profecías y milagros, y seríamos interminables, si hubiésemos de seguir al historiador que los refiere. Diremos, no obstante, que no había enfermo que no fuese curado con su palabra, ó tocando su báculo ó alguno de los objetos de su uso. Pero no podemos omitir la revelación que tuvo de la muerte de Efrén, patriarca de Antioquía, ocurrida en la misma hora que dijo á sus discípulos, como lo comprobaron estos al poco tiempo. Este prelado, que había sido ordenado en el año 527, según los continuadores de Bolando, y que gobernó su iglesia durante dieciocho años, murió en 545, haciéndose recomendable, entre otras virtudes, por su caridad para con los pobres. Pero el que le sucedió, en lugar de seguir sus huellas, dió principio á su pontificado con un acto de

dureza indigno de su carácter. Al pasar por uno de los barrios de la ciudad, vió á muchos pobres á la puerta de la iglesia, y mandó que fuesen arrojados, alegando como razón, que era indecoroso ver tanta miseria en una ciudad tan magnífica como la de Antioquía. Acudieron estos desgraciados al Santo, exponiéndole que en Efrén habian perdido un padre caritativo, y que el nuevo prelado, lejos de compadecerse de su triste situación, no queria admitirlos en las puertas de la ciudad. Simeón procuró consolarles, diciéndoles que no tardaria el nuevo prelado en aprender á ser humano con los afligidos. En efecto, hizo su oración, y al punto se vió este patriarca acometido de vivísimos dolores en las manos y pies, que le dejaron paralítico.

Muy léjos estaba Siméon de la dureza que habia manifestado este patriarca, á quién Dios acababa de castigar tan severamente; pues habiéndosele presentado un pobre medio desnudo, se despojó de su ropa para dársela, y se quedó sólo con el escapulario, aún cuando era el mes de noviembre y se sentia intenso frio. Pero lo sufrió con gozo hasta que su discípulo Eugenio le llevó un manto para que se cubriese.

La ciudad de Antioquía fué nuevamente afligida con otro terremoto acompañado de lluvias torrenciales. Las sacudidas, que fueron muy violentas y frecuentes, alarmaron á todos los habitantes, y los paganos que no sabian atribuir estos fenómenos más que á la influencia de los astros, emprendieron la huida. Pero Dios habia anunciado esta desgracia á san Simeón, y éste la advirtió al pueblo el dia ántes que ocurriese. En efecto, el terremoto comenzó de noche, y el Santo oró con tanta eficacia, que logró apaciguar la cólera divina, y si fué grande y general el espanto, no lo fué ménos el gozo cuando cesó el castigo. El sabado de mañana se presentó el Santo con aire festivo ante el pueblo que habia venido á rodear su columna,

y pedirle que interpusiese sus poderosas oraciones, y le dijo: « Reconoced la necedad de los que pretenden atribuir á los astros lo que es efecto de la justicia divina. Su cólera está apaciguada, y me ha dado á conocer que le será muy grato que hagais penitencia. » Predijo también otro terremoto que, habiendo comenzado por la Siria, la Mesopotamia, la Palestina, la Fenicia y la Arabia en 554 ó 555, hizo perecer á tantas personas en Constantinopla, en Nicomedia y otras ciudades vecinas, que las dejó casi arruinadas.

Le reveló el Señor que era su voluntad, que edificase un monasterio, al cual vendría mucha gente de la parte de Persia, quedando alguna bajo su dirección. En otro capítulo hablaremos de este monasterio y de sus discípulos, consignando tan sólo en este lugar, que, cuando estuvo edificado, dejó de vivir en la torre, en donde habia estado durante diez años expuesto á las inclemencias del tiempo, y subió á la edad de treinta años á otra columna que levantó cerca del monasterio, y en la cual estuvo otros cuarenta y cinco años, que completan el curso de su vida. Desde lo alto de ella continuó obrando multitud innumerable de prodigios, y haciendo fervorosas exhortaciones á los que iban á verle, tanto para exhortarles á la penitencia, como para animarles á la perfección. Allí eran librados del demonio todos los poseidos por este maligno espíritu, curados todos los enfermos, y resucitados algunos muertos. Allí multiplicó un poco de pan que habia en el monasterio para que, sin disminuirse, comiesen los religiosos y los pobres. Era ésta, para decirlo en una palabra, la montaña admirable por los prodigios de todo genero que obró este ilustre Taumaturgo.

Esto hizo que aquellos, en cuyo favor los hobraba, desearan recibir de sus manos la sagrada Comuni6n, y no ménos lo deseaban sus discípulos. Le suplicaron, pues, con muchas